

COSTUMBRES DEL DUCADO DE BADEN.

Ese lindo principado cuyas fronteras tocan á las de Francia, cuyos centinelas hacen la guardia en el puente del Rhin, al lado de los centinelas franceses, no ocupa sino el sétimo rango en la Confederacion Germánica. Tiene un espacio de setenta leguas de longitud por treinta de ancho. No cuenta mas que sus ciento diez pueblos, sus treinta y seis ciudades,

y sus mil seiscientos ochenta y ocho poblaciones, con un número de habitantes igual casi á los de París, un millon, trescientos treinta mil habitantes.

¡Mas, qué pais tan risueño, tan fresco, tan fértil, tan industrial y tan variado! Si alguna vez se apodera de nosotros el sueño de una ambicion desordenada, de que Dios nos libre, no nos sorprenderia el que nos pusiésemos á envidiar la posesion de un reino como este.

Cuando se ha atravesado la gran calle de Kehl, ese risueño *broadway* de una agreste y activa poblacion, cuando



Trages de los aldeanos de Baden.

se camina en seguida por esas fecundas llanuras que se desarrollan bajo las cimas de los árboles frutales, entre las ondas del Rhin y los sombríos tintes del *Bosque Negro*, ¿no se diria que esta comarca es cual una abertura de las melodías campestres, cual la sinfonía que precede al espectáculo de las armonías pintorescas de la Alemania?

Si: en realidad todo lo que se puede ver á larga distancia de mas agreste, de mas atractivo, de mas dulce, y de mas salvaje en la vasta Alemania, se encuentra resumido

allí, como por una obra completa de la naturaleza, en un cuadro en miniatura. Allí están los campos de maiz, los jardines, las guiraldas de pámpanos de los climas mas templados, y los profundos bosques y las nebulosas cimas de las regiones de los Alpes. Allí sobre las orillas del Rhin, del Neckar, del lago de Constanza, las elegantes construcciones de la aristocracia: en el *Bosque Negro* las casitas de la Suiza: y á un lado y á otro riberas ú orillas que hacen meditar á las jóvenes *miss* británicas: sobre la cresta de las ro-

cas, siempre entapizadas de yedra, murallas dismanteladas, torres en ruinas, ilustradas por caballerescas y religiosas leyendas: y á alguna distancia aquellas ciudades animadas por la vida, por el pensamiento, y por el ardor de los tiempos modernos. No hablemos de la turbulenta pequeña ciudad de Baden; que por los roncós gritos de los dueños de las casas de juego, por las orquestas de sus bailes, por sus preparativos de todo género ha abierto en el estío tantas fatales pasiones, y algunas veces tanta desesperacion. Pero Carlsruhe, ese abanico del palacio Gran ducal: Mannheim, que fué la capital del principado: Heidelberg con su maravilloso castillo y sus sabios profesores: Friburgo, con su admirable catedral y su universidad, una de las mas antiguas de Alemania, ¿quién no se complacería en ver esas atractivas ciudades en su honrado impulso y su loable movimiento?

El país de Baden es mitad católico y mitad protestante, y está á la vez fecundado por el trabajo agrícola, y por la industria. Su suelo está cultivado con toda perfeccion. Atraviésanle caminos de hierro en toda su estension: barcos de vapor circulan diariamente sobre sus dos principales rios: grandes y hermosos caminos lo atraviesan en todas direcciones. Cada una de sus aldeas tiene una escuela, donde están los padres obligados á enviar sus hijos: cada pueblo tiene un gimnasio; y como acabamos de decirlo, este pequeño ducado posee por sí solo dos universidades: Friburgo é Heidelberg, justamente honradas en toda Alemania. Friburgo ha dado mas de un dignatario eminente á la iglesia católica: en la de Heidelberg se ha visto en los últimos tiempos brillar á la vez á Gerbins, Mittermayer y Roteck.

A pesar del activo movimiento del Gran ducado de Baden; á pesar de la innumerable cantidad de viajeros, de jugadores, de artistas, de gentes del gran mundo, y de aventureros que atraviesan sin cesar este camino de la Alemania, y que afluyen allí por los veranos de todas las partes del mundo, muchos distritos de aquel país han conservado hasta el presente sus antiguas costumbres, su dialecto alemán, y el traje de sus padres.

El grabado que presentamos manifiesta dos jóvenes aldeanos con graciosos vestidos de su uso diario, y su pastor mejor vestido que los de Arcadia.

Los vestidos tradicionales, las costumbres religiosas y sencillas de la rústica poblacion del país de Baden, han sido ilustradas por un poeta encantador, por Hebel, que las ha descrito en sus cantares y en sus églogas. Lean las obras de Hebel los que quieran visitar ese interesante principado; traten de leerlas si pueden en su redaccion original, en el idioma alemán, ó sino al menos en la buena traduccion que de este autor ha hecho Reinic.

EL CONDE DE FABRAQUER.

IGLESIA DE SANTA GENOVEVA.—Feron, procurador de los canónigos, concibió á la mitad del siglo último el proyecto de reemplazar la antigua iglesia de Santa Genoveva, que estaba muy lejos de ser hermosa, con un monumento magnífico y digno de la ilustre patrona de París. Marigny, intendente de los edificios y hermano de la famosa Pompadour, la favorita de Luis XV, aprobó aquel proyecto. Em-

pero faltaban las rentas y se acudió á salvar este obstáculo creando para su construccion una lotería que produjo cuatro mil francos al año. Colocóse la primera piedra en 1764, y segun el dibujo de Soufflot, se alzó por fin la soberbia iglesia. Durante la revolucion cambió de destino y fué consagrada al sepulcro de los grandes hombres como panteon, inscribiéndose en el fronton: *La patria reconocida á los grandes hombres*. Allí se depositaron las cenizas de Voltaire, de Rousseau, de Mirabeau, de Marat y de otros muchos. Despues de la revolucion volvió á abrirse al culto, y esta iglesia, destinada á sufrir las vicisitudes políticas, volvió á convertirse otra vez en panteon nacional en 1830, poniendo en tablas de bronce en la iglesia los nombres de los que habian combatido por la libertad del país en las tres jornadas de julio de 1830. Posteriormente, y despues de destruida la efimera república de 1848, y restaurado el trono imperial, Napoleon III le ha devuelto al instituto primero con que fué edificado aquel magnífico templo. Han vuelto á resonar en él los cánticos del culto católico, y ha sido colocado el Dios de los cristianos donde antes se honraban las cenizas de los mas encarnizados perseguidores del cristianismo. La cruz esculpida en el tímpano ha sido tambien alternativamente quitada y colocada, hasta que en la última revolucion de 1830 se borró completamente.

UNA NOCHE HORROROSA.

I.

UNA MUJER QUE SE FASTIDIA.

En una linda habitacion de campo de los alrededores de la ciudad de Nantua, los amos de la casa durante una siesta del otoño, se hallaban reunidos en una habitacion baja, cuyas puertas de cristales daban á un jardin.

Bajando el sol no llevaba sino tibios rayos y oblicuos sobre las masas de verdor que rodeaban aquella mansion. El viento no producía mas ruido que un continuo murmullo en el follage, y el canto de las aves se hallaba atenuado por el estremecimiento de las flores agitadas por una ligera brisa, y un pabellon de cutí rayado cubría la entrada del jardín y libertaba del calor y del aire. El exceso de calma y de bienestar que se notaba, comenzaba á atraer una ligera soñolencia.

Así reinaba el silencio hacia algun tiempo entre los miembros de la familia, cuando Mad. de Laforet, dijo á su marido:

—Hoy hay que dar cuerda al reloj.

Y casi al mismo tiempo el hijo de la casa dirigió á media voz una observacion á su prima, á cuyo lado estaba sentado al otro lado del salon en el hueco de una ventana.

—¿Por qué esa risa burlona, Albertina? Nada veo de ridiculo en lo que mi madre acaba de decir.

—Al contrario, respondió la joven; dar cuerda al reloj, vale seguramente la pena de ocuparse de ello.... es el solo acontecimiento de la casa; lo único que no ha sucedido ayer, y que no sucederá mañana.

—¿Y os burlais por eso?

—No tal; podría decir lo mismo, que no hay nada de serio; porque esa péndola realmente es la reina de aquí: ella arregla nuestra existencia. Si da las ocho todo el mundo sale de su cuarto: al medio día trae invariablemente la comida á la mesa, las seis nos envían á dar un paseo, y nos traen á las ocho para cenar.... Me parece que ese cuadrante nos tiene, como si fuéramos autómatas, sujetos con alambres, y que nos hace obrar segun place á su aguja.

Federico dió algunos pasos por el salon; y volviendo despues cerca de su prima la dijo con tono brusco:

—Pues bien, leed, trabajad, y no os fastidiareis.

—Tambien trabajo, respondió ésta: hace dos horas que duermo sobre mi labor de tapicería.

—Idos á pasear y tomar el aire.

—No tengais cuidado: iremos sin falta á las seis á la orilla del lago, á admirar siempre la misma cima de montaña sobre la misma azulada agua.

—¿Querriais que se cambiase el curso del sol, que se colocase de lado el lago, y que se removiesen las montañas, todo esto para distraer una colegiala?....

—¿Colegiala! Me parece que no lo soy hace un año, y bien podría haber perdido el nombre.

Federico volvió á colocarse sobre el taburete que habia dejado cerca de su prima, y la dijo con un tono mas grave:

—Sois demasiado feliz, Albertina; es ese todo el mal. A falta de vuestros padres, que habeis perdido, mi padre os ha mirado como tal; mi madre os tiene la mayor ternura, os ha hecho educar en el mejor colegio de Lyon, á fin de que la instruccion y el talento fuesen un beneficio de toda la vida.

Al volver á casa os han recibido en la familia, en donde absolutamente nada os falta ni de amabilidad, ni de afecto.

—Bien; y además me destinan la insigne felicidad de casarme con mi primo.

—Con que señorita ¡tan digna de compasion sois? No teneis una nube en vuestra vida, ni un cuidado que os atormente, ni una lágrima que derramar.... verdaderamente que es eso cruel.

—Si tal, caballero: lágrimas hay que no son ni de pena ni placer.

—Sino que acuden á la pupila bostezando ¿no es verdad?... lágrimas de fastidio.... ¡Decís unas cosas!....

—Federico, jamás os he oido ese tono tan brusco.

—Ni yo ese tono tan insoportable.... Tal vez la tempestad que se agita en el aire hoy os altera los nervios.

—No es la lluvia, ni el buen tiempo lo que influye en mi humor, caballero: tempestad, ó no, no quiero que se me hable así.

—Vos sois la que habeis comenzado.

—No tal.... Os incomodais, os encolerizais, porque la suerte de vida que haceis aquí es un poco monótona.

—La vida que haceis es posible.

—La que hacen todos.

—No, señora; hablad por vos; en cuanto á mí, Albertina encuentro que hay bastantes acontecimientos en mi vida.

Y como los ojos de la jóven le preguntasen, añadió con un acento profundo:

—¡Dios mio, si, cuando se ama, los dias están bastante turbados y llenos de emociones.... y está uno quebrantado.

Cuando os agrada estar alegre, graciosa; cuando os veo solamente sonreiros... como por ejemplo, cuando os vais quitando del dedo esta sortija para dármela (y enseñaba un anillo de caballero esmaltado de oro, cuyo chaton encerraba cabellos) ¡oh! entonces es un día de dicha para mí: todos los placeres me rodean; toda la tierra se ilumina. Cuando estais seca, burlona, mordaz como hoy, es el infierno.... pienso irme de aquí.... dejaros.... fastidiaros en vuestro placer.... abandonarlo todo.... Si, momentos hay de rabia en que veinte veces he pensado abandonar mi país, mi familia para no volveros á ver.... Ya veis que mis dias están lejos de ser monotonos, señorita, porque están sometidos á vuestros caprichos.

Iba Albertina á responder con mas amabilidad. Ya su mirada se iluminaba; ya su mano se extendía hácia Federico. Por desgracia la péndola vino á sonar, y el espíritu ligero de la jóven voló hácia otra parte.

—Las cuatro, dijo. Apuesto todo lo que querais á que va á venir Maneta, trayendo la bandeja, y que van á llamarme para hacer el té.

Su prevision se realizó en el mismo instante.

Así la jóven se levantó para obedecer la voz de su tío. Federico salió del salon dando una patada, y apretando su frente con impaciencia en sus manos. En un despique demasiado violento para ocultarlo, fué á pasear á grandes pasos por los calles del jardin, ocultando su mal humor bajo las ramas de los árboles y de los jazmineros que hacia pedazos al pasar con la cólera mas ardiente que puede inspirar el amor, y no volvió á sentarse delante del velador donde estaba el té, sino para mostrar á sus padres un rostro medio serenado.

Terminada así la colacion, Mad. Laforet miraba del lado de su alcoba, lo que anunciaba que iba á subir para ponerse su chal y su sombrero *para dar una vueltecita al lago del lago*. Bostezaba Albertina, Federico arqueaba las cejas, y Mr. Laforet tomaba un polvo de tabaco para no decir nada.

En aquel momento entró Maneta, anunciando el nombre desconocido de Mr. Malboissiere.

Unió á aquel nombre otros informes. Mr. Malboissiere acababa de comprar una propiedad á un cuarto de legua de allí, y en calidad de vecino de campo solicitaba el favor de presentarse á la familia de Laforet. Miró Federico á su prima para hacerla observar que al menos les llegaba una nueva distraccion; empero el rostro súbitamente alegre de Albertina, anunciaba que lo mismo creia.

Durante este tiempo entró Malboissiere.

Era un hombre de treinta años; bien formado; bien puesto, y buenos modales; de un rostro agradable y distinguido. Hubiera podido notársele solo que su color naturalmente moreno, estaba estremadamente pálido para un hombre que llegase solo del campo.

Albertina le echó graciosamente una taza de té. Aquella visita le libraba de un paseo y de un placer acostumbrado.

No languideció la conversacion: habia que enumerar todas las ventajas de que se goza en el país de Bugéy, donde Malboissiere al dejar á Lyon venia, decia, á establecerse. Se habló de las truchas del lago; del monasterio de los benedictinos, en que en el siglo IX, Carlos el Calvo, fué enterado, de las fábricas de algodón, de las manufacturas de

tapicería; del gran comercio de peletería, despues vuelta á hablar de las truchas, que bien merecian que á ellas se volviere Mr. Laforet, sabia el peso de las mas gordas que se habian pescado cada año.

Durante esta larga conversacion corria el té. Malboissiere tomaba varias tazas; hubiera podido adivinarse que era con la intencion de tocar la mano de Albertina por lo que tomaba las tazas de té que le alargaba, y se hubiese podido ver la mirada particular que sin cesar fijaba de aquel lado, y que hacia tiempo tenia apoyada sobre ella.

Pero ¿quién hubiera podido verlo? Federico jamás habia visto hasta entonces un jóven al lado de la muger que amaba, y no habia aprendido á ser celoso. Mr. Laforet y su muger nada hubieran sospechado, aun cuando mas hubieran pasado. Albertina sintió como un ardiente fluido que hubiese caído de aquella mirada, empero sin conocer á punto fijo la naturaleza de aquella impresion y su peligro.

Hacia el fin de la noche la señora de la casa preguntó á Malboissiere si no traia algunas noticias recientes de Lyon, ciudad en la que conocia á mucha gente, habiendo ido allí muchas veces cuando su sobrina se hallaba en el colegio.

—Oh! dijo riendo Mr. Laforet, mejor serian noticias del camino real las que podrian interesar á nuestra Albertina.

—¿Cómo? preguntó el forastero.

—Es que mi sobrina, querido vecino..... ¿me permitiréis que ya os llame así?

Malboissiere se inclinó.

—Mi sobrina, preciso es que os lo diga, tiene un gusto particular por los sucesos románticos y aventureros; los ataques nocturnos, en pintura... Ha leído la historia entera de los piratas y filibusteros, y la he visto muy conmovida á la relacion de sus combates de mar y de tierra.

—Eso es propio de las personas gastadas, dijo Federico con un tono amargo, y necesitan buscar emociones nuevas en los recuerdos del vicio y del crimen.

—No sabes lo que te dices, interrumpió Mad. Laforet. Es solo que á Albertina le gustan las historias de ladrones.

—Sí, dijo la jóven; pero desgraciadamente ya no los hay.

—¿Cómo? dijo su tio; y aun cuando no los hubiese entre nosotros... el famoso Bartoll.

A aquel nombre el forastero hizo un ligero movimiento hacia atrás, pero que no se notó.

—Un ladrón buen mozo, dijo Albertina haciendo una desdenosa mueca, una especie de aldeano convertido en ladrón de contrabando.

—Sí, replicó Laforet, un matutero que solo con dos de su gente detiene la diligencia de Ginebra, mata un viagero que se resiste, y desbaja á todos los demas.

—He oído hablar de eso, dijo con disimulo el forastero.

—¡Oh! contestó Laforet, en este pais oireis hablar de Bartoll todos los dias. Es un hombre extraordinario. Ha comenzado por ir á la caza de zorras y de gamos que abundan en nuestras montañas; despues ha militado con un corto número de malas cabezas, ha organizado la caza clandestina en grande, y ha concluido sin pagar derecho ninguno por hacer el comercio en grande de pieles de la comarca. Parece que quiere dar ensanche á sus negocios, y unir el ataque en los caminos reales... y con todo esto dicen que es enorme su fortuna.

—Pues bien, dijo Federico, le servirá para que le ahor-

quen... porque gracias á la justicia divina, los héroes de los caminos reales terminan todos así.

—¿No dicen tambien, preguntó Mr. Malboissiere mecíendose sobre su silla, que ese ladrón tiene talento, buena cara... y al mismo tiempo ciertos modales de mundo en los que no se puede uno equivocar?

—¿Cómo? exclamó Mad. Laforet, esa es una cosa singular... personas que lo han visto dicen que es un hombre verdaderamente notable... que tiene muy buena traza y muy buenas maneras... sabe Dios cómo las habrá adquirido.

—Replicó el vecino del campo, esto me recuerda una historia que he oído contar de él... y que ha sucedido en las montañas de Bugey que explota.

—¡Ah! veamos, veamos, dijeron á un mismo tiempo las dos señoras.

—Dios mio, muy poca cosa... un amor en su vida.

—¿Un amor?... ¡El matutero Bartoll!... exclamó Albertina.

—Contad eso, insistió la tia.

—Pues bien: pretenden que gracias á la bella presencia y á los seductores modales de que Mad. Laforet hablaba hace un instante, se introdujo un dia, no sé cómo, ni con qué pretexto, en una familia honrada del pais de Nantua... que no nombraré. Allí parece que uno de aquellos sutiles sentimientos apasionados que nacen de una sola mirada, vino á enamorar al mismo tiempo al aventurero y á la jóven de la casa. Fué á punto de la noche cuando Bartoll, solo en campo con la que yo diré solamente que se llamaba Adela, se atrevió á hablarla con este audaz lenguaje: Adela, yo soy Bartoll, el cazador de contrabando, pero no importa; te amo, tú me perteneces pues que me amas tambien, sígueme.

—¿Y despues? preguntó vivamente Albertina.

—¡Ah! respondió con indiferencia Malboissiere, pasándose la mano sobre la frente, no he vuelto á saber nada mas.... he olvidado el final de esta aventura.

—Pero por último, ¿marcharon juntos? preguntó madama Laforet.

—Dios mio... no lo sé.

—Qué, ¿nada? dijo Albertina.

—Nada.

—¡Qué lástima!

—No hay nada que saber, dijo bruscamente Federico, puesto que es un cuento en el aire... y aun de los mas ridículos.

El movimiento del jóven que se habia levantado al decir esto, hizo pensar á todo el mundo que era la hora de retirarse. Malboissiere se levantó, pidiendo al amo de la casa el permiso de volver á gozar de su vecindad, lo que le fué concedido, y se retiró.

Esto es sin duda extraño; pero por visible que fuese el impulso de atraccion de aquel forastero hacia la jóven Albertina, por ardiente que fuese el amor de Federico hacia ella, este último no se habia incomodado al pensamiento de ver renovarse aquella visita. Hallábase todavia su corazón exento de los celos; tenia bastante con combatir el mal humor de Albertina para crearse otros obstáculos.

La jóven habia quedado un poco turbada con el suceso de aquella noche. Habia casi adivinado la impresion que producía sobre Malboissiere; pero sin sentir toda la emoción

que hace nacer de ordinario una pasión inspirada, y era de temer que el pensamiento no fuese bastante poderoso para romper la monotonía de su existencia.

Todas las personas de la casa se retiraron á sus cuartos. Madama Laforet recomendó á todos que trataran de cerrar bien las persianas, porque amenazaba tormenta, y si granizaba podían romperse los cristales.

Ocupaba Albertina una bonita alcoba contigua al salón, y por consiguiente en la planta baja.

Colocó su bugía sobre el tocador, y la luz reflejada en el espejo hizo surgir todos los delicados y elegantes preparativos que rodean la hora de acostarse; había frascos de esencia dispuestos para perfumar el agua colocados en un gran vaso de cristal; el gorro de dormir, el peinador de batista guarnecido de encajes echado al pie de la cama; la mullida almohada con su guarnición de encaje; las sábanas finas vueltas sobre la seda azul de la colcha; las cortinas de muselina que lucían las sombras de sus bordados sin cerrar el paso á la luz.

Abrió Albertina en seguida su ventana para obedecer al encargo de su madre. Hallábase en efecto el horizonte con un azul muy sombrío, y continuos relámpagos cruzaban la cumbre de las montañas. Para respirar el poco fresco ambiente que quedaba en el aire, la joven se puso de codos sobre la balaustrada del balcón, y comenzó á respirar todos los aromas de las plantas, pensando en muy pocas cosas.

No tenía la costumbre de cuidar las flores del jardín. Sin embargo, había entonces una malvarosa tan magnífica y tan rica en perfumes, que pensó con pena que si había tormenta y venía un chubasco podría echarse á perder aquel hermoso tiesto. Tuvo el pensamiento de meterlo dentro, y sacudiendo su acostumbrada pereza fué á ponerlo al abrigo.

Atravesó el salón bajo; la escalinata; entró en el jardín, y se dirigió hacia las gradillas donde se hallaba la malvarosa.

Al acercarse Albertina á la cerca que daba sobre el banco, oyó á la parte de afuera el sonido de una flauta de una dulce y encantadora melodía. Para sus sentidos acostumbrados á no oír mas que los caramillos de los pastores, era deliciosa aquella música; la soledad de la noche parecía venir á acrecentar el sentimiento de la armonía, y á dar el modelo de ella á los habitantes del valle.

Escuchóla Albertina algun tiempo aproximándose á la tapia que cerraba el jardín para mejor distinguir las modulaciones. El melodioso son cambió de sitio: Albertina lo siguió: sus ecos fueron avanzando siempre á lo largo de la tapia hacia la parte de afuera: Albertina caminó siempre á lo largo de aquel cierre por la parte de adentro. La música misteriosa iba avanzando, y arrastró suavemente á la joven consigo.

Los dos habían llegado delante de una puertecilla que se abría en la tapia. Allí un ruido seco, estridente, sucedió á las armoniosas notas; era la cerradura que saltaba, y la puerta se abría.

Al mismo tiempo una mano armada de una fuerza irresistible apretó el brazo de Albertina. La joven arrojó un grito y se sentó helada.

En la sombra, sin embargo, podía perfectamente reconocer al que la agarraba. Era Malboissiere; pero su emo-

ción no se disminuyó por eso; la fría hoja del terror acababa de penetrar en su seno, y no salía de él.

Sin embargo, por respeto humano no quiso aparecer asustada; pensó en aquel nombre de *colegiala* que le echaban muchas veces en cara, y se propuso no dar lugar al forastero á que se burlase de su pueril temor.

—Caballero, dijo con un tono imperioso, ¿qué significa esta singular vuelta de la casa y esta manera de obrar?

—Albertina, dijo, yo soy Bartoll, el cazador; pero no importa, te amo, me perteneces pues que también me amas. Sígueme.

—¿Estais loco?... ¿Qué viene á hacer aquí esa extraña historia?

—Esta historia es ahora la verdad. A tí te toca, Albertina, trazar el final de ella si quieres unirte á la suerte de un aventurero, de un bandido, empero de un hombre que te adora; ven, si resistes te obligaré á ello.

La joven se echó hacia atrás convulsa, tratando de arrancarse de los brazos del que la tenía agarrada como con unas tenazas.

Dió gritos terribles.

Una bocanada furiosa de aire, que hizo estremecer á la vez todos los árboles del valle, cubrió su voz.

Bartoll hizo una señal.

Dos hombres se apoderaron de Albertina, la ataron un pañuelo sobre la boca y la metieron en un carruaje que estaba cerca de allí.

Bartoll subió á su lado. El coche echó á correr al galope.

II.

EL VIAGE.

Avanzaba rápidamente el carruaje sobre el camino, produciendo un estrepitoso ruido las ruedas lanzadas sobre las piedras.

Albertina distinguía vagamente los objetos en torno de sí. A su lado, en el fondo del carruaje, se había colocado su raptor; sobre la banqueta de delante se hallaba sentado uno de los dos hombres que habían servido para su rapto; presumió que el segundo era el que dirigía la silla de posta.

Seguía el carruaje el camino de Ginebra, desigual, escarpado, y dando vueltas entre las montañas.

La desgraciada joven con su indecible espanto se sentía inundada del frío sudor que precede al desmayo; pero conocía que en estado de desmayo no puede velarse sobre sí misma, y estaría espuesta todavía mas, y así hacia todo lo posible por mantener firmes sus facultades; abría los ojos cuanto mas podía, y crispaba sus miembros con violencia para reanimar su sangre.

Al cabo de una media hora de camino la quitaron de la boca el pañuelo que la sofocaba.

Al pronto se echó sobre la portezuela dando gritos desgarradores y demandando socorro.

—Tratad de tener un poco de juicio, Albertina, la dijo Bartoll. Debeis pensar que si os pudiesen oír, no os hubiese devuelto el uso de la voz. Así, no os canséis en vano.

Era esto tan probable, que despues de algunos esfuerzos inútiles Albertina volvió á dejarse caer en su sitio.

—Son las diez, añadió el compañero en voz baja; el campo se halla enteramente desierto, y no se encontrará pro-

bablemente á nadie sobre el camino hasta las doce que pasará la diligencia de Ginebra.

—Si, sabeis perfectamente la hora en que *pasa la diligencia de Ginebra*, dijo Albertina recalcando la voz.

Después le miró creyendo haberle confundido con aquel apóstrofe, pero no le vió cambiar de color, y le pareció, al contrario, percibir en sus facciones una tranquila sonrisa.

La situación de la pobre niña era horrible. Vefase entregada á aquellos bandidos en un país retirado, salvaje, donde no la quedaba la menor esperanza de hallar habitación alguna. Además, sus raptos tenían toda la noche por delante para sustraerse á las pesquisas que sus padres intentarían para volverla á encontrar.

Un compañero de Bartoll, se hallaba enmascarado y cubierto con una capa que le envolvía enteramente. Otro se hallaba en el pescante. El bandido había elegido sin duda los dos mas valientes para que le ayudasen á verificar un crimen. Algunas de aquellas gentes habían detenido á la diligencia de Ginebra; así aquellos hombres serían los que habían asesinado á un viagero y desbalijado á todos los demás. Seguramente no había nada en su aspecto que pudiese inspirar gran confianza.

El jefe de los ladrones debía renunciar á dejarla, pues además del terrible amor que había concebido por ella, su seguridad misma le impedía después del robo cometido, devolver la libertad á su víctima.

A estos pensamientos vertía torrentes de lágrimas Albertina, llamaba á su digno protector, estendía sus brazos hacia aquella querida habitación á las márgenes del lago, perdida tal vez para siempre.

Entretanto, la tempestad que se preparaba después de largo tiempo, estalló con toda violencia. Aquella conmoción de la naturaleza que causa un penoso trastorno en la vida ordinaria, hería el seno de Albertina con una mortal violencia.

Envolvía una espesa oscuridad; por instantes los relámpagos dibujaban sobre la tierra estensas sábanas de una blancura lívida tachonada de puntos negros, los pinos, que la daban el aspecto de un campo fúnebre. El trueno, cuya detonación es tan violenta en las montañas, parecía á cada golpe tender la muerte sobre la cabeza de los hombres: los árboles caían bajo el fluido eléctrico, y el suelo parecía conmovido.

A aquellos relámpagos que mostraban un cielo encendido, buscaba tal vez cerca de sí un ser querido; hacia un movimiento instintivo hacia lo que se tiene de mas querido en el mundo, para encontrar un refugio en su seno y ser estrechado sobre él..... Pero cuando la pobre Albertina se volvía maquinalmente hacia el carruaje, hallaba al enemigo mas cruel, á un horrendo bandido, al que llegaba á tocar en el hombro con su vacilante cabeza. Entonces se volvía, y apretándose contra la portezuela, se separaba cuanto era posible de él.

Delante del camino había profundidades tenebrosas, donde el viento y la lluvia zumbaban en las silvestres gargantas hiriendo sus agudos picos y esparciendo gemidos lúgubres cual lamentables voces. El fondo negro se hallaba sembrado de fuego; vefase multitud de chispas saltar de los picos de granito heridos por el rayo. En fin, aquel horrendo viage parecía el viage del infierno.

Cuando Albertina volvió á echarse en el fondo de aquel carruaje maldito, en aquel lugar de suplicio, su terror era mayor todavía.

Bartoll permanecía silencioso, con los brazos cruzados, en su sitio. Su compañero, medio tendido sobre la banqueta, dormía pacíficamente como si todo en el mundo estuviese en estado normal.

En medio de la desesperación que su situación debía infundirle, aun fué lugar en el ánimo de Albertina otro terror enteramente material..... ¡El instinto de la conservación es tan fuerte!..... Tuvo miedo de volcar en un abismo.

Hacia algunos momentos que el carruaje sufría enormes vaivenes. La caja chascaba, el hierro rechinaba, las ruedas parecían que iban á hacerse pedazos.

El camino en aquellos parages se halla suspendido en la pendiente de las montañas, y por el otro lado sobre unos abismos inmensos á los que se bajaba por un declive precipitado.

Iluminaba la luz de los relámpagos aquellas horrendas asperezas del suelo, y los vaivenes cada vez eran mas violentos, y el rechinamiento del hierro redoblaba..... Albertina oía el ruido del látigo para excitar los caballos y los hacia saltar sobre aquellos precipicios.

A cada movimiento mas fuerte, dominada por el terror, arrojaba un grito desgarrador.

Así continuaban siempre el viage. Al cabo de algun tiempo le pareció á la desgraciada niña que se apaciguaba la tempestad, y que el camino era menos malo. Cruzó las manos sobre su corazón, cuyas palpitaciones la sofocaban, y su pecho se alivió respirando mas fácilmente.

Un horrible crujido se dejó oír; una conmoción terrible se verificó, cual si el carruaje se hundiese en la tierra. Albertina creyó sentirse arrancada de su asiento, y lanzada en el espacio..... Después no supo lo que pasó.

Al volver en sí se sintió tendida sobre la espesa yerba, y un movimiento instintivo la hizo alargar los brazos para dar gracias á Dios entreabriendo los labios, y murmurar una oración, reconociendo que todavía vivía.

Levantóse. En torno de ella los objetos se dibujaban sobre la transparencia del aire en un perfil negro. Eran por un lado una grande encina que dejaba caer sobre su cabeza el rocío de sus hojas; por el otro Bartoll de pie, inmóvil, delante de los dos bandidos que acababan de levantar el carruaje. Todo esto aparecía cual silenciosas sombras.

El pensamiento de aprovecharse de aquel momento para huir, se presentó de repente á la imaginación de Albertina. Pero por insensata que fuese la esperanza, Bartoll, cual si la hubiese visto germinar en la cabeza de la joven, puso fin repentinamente á ello, cogiéndola por el brazo con aquella irresistible fuerza que había manifestado en la verja del jardín.

Dió una seña á sus gentes, que cogieron los caballos por la brida, é hicieron adelantar el carruaje sobre el camino. Querían sin duda ver si estaba en estado de volver á emprender el viage. Durante aquel tiempo el carruaje marchó lentamente por una cuesta abajo: Bartoll le seguía, y Albertina encadenada caminaba á su lado. Pero el jefe de los bandidos se detuvo por un movimiento súbito. Dió un ligero silbido, sus gentes soltaron las bridas de los caballos y acudieron á él.

Estendió la mano al horizonte, y los hombres á su vez

respondieron con un signo afirmativo. Entonces por un movimiento mas vivo indicó el carruaje.

En un instante los dos bandidos, mirando á la izquierda del camino, encontraron un desfiladero abierto entre las montañas y obstruido con espesos zarzales. Llevaron allí el carruaje, abriendo paso entre las ramas, que volvieron á cerrarse detrás de ellos. Despues, todos tres, llevando consigo la prisionera, fueron á ocupar un sitio en aquel retiro.

No comprendia absolutamente nada Albertina de cuanto pasaba.

Desde el sitio donde los tres bandidos se hallaban colocados, descubrian todavía el horizonte al través de una cortina de follage. Los relámpagos, como sucede casi siempre al final de una tormenta, eran mas frecuentes, mas limpios y claros, y dejaban percibir distintamente cuanto se extendia la vista.

Bartoll tenia su mirada fija sobre la profundidad del camino. Se entabló entre él y uno de sus gentes, el que habia guiado el carruaje, este coloquio.

—Tóma, mira ahora, dijo Bartoll, se les ve brillar á la luz de los relámpagos.

—Si, respondió el segundo bandido. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Seis cañones de fusil.

—¿Tenemos municiones?

—¡Psch!..... Algunos cartuchos y un mal cajon de pólvora.

—¿Y armas?

—Pistolas en las arquillas del carruaje.

—¿Nada mas?

—Nada mas, capitan.

—¡Caramba! No se les puede atacar..... Entonces déjemoslos pasar.

—Allí están..... Ahora se les ve bien. Son gendarmes de á caballo del Jura..... segunda compañía.....

Estremeciósse Albertina, dejando oír una gran exclamacion con un movimiento de infantil alegría.

—¡Gendarmes! dijo con transporte.

—¿Podeis decirme, la preguntó friamente Bartoll, qué es lo que encontráis de agradable y divertido en que vengan?

—Me he salvado, dijo la jóven alzando los ojos al cielo.

—Pedid mas bien á Dios que no os vean esas gentes de la fuerza pública. Seriais arrestada con nosotros y sufriríais aun mas.

—¿Arrestada yo, justo cielo?..... Cuando les dijese que me habiais robado.....

—¡Oh! todas nuestras mugeres dicen eso.

—¡Vuestras mugeres! repitió con un acento de indecible indignacion.

—Si, para no ser complicadas en el proceso..... Pero no se las cree.

—Pero vosotros se lo diríais..... Vosotros sabeis bien que es verdad..... y vosotros estais para atestiguarlo.

—No en verdad..... Rapto de una menor es cosa muy grave. Y no quiero yo echarme un cargo mas sobre mí.

—¿Es posible que hiciérais semejante cosa?..... ¡Esto es para volverse una loca!

—Al contrario, eso debe comprometeros á callar..... Se acercan..... Se oyen las pisadas de los caballos..... Si el menor ruido nos descubre, mañana estaremos en la cárcel de Ginebra.

—¡Yo en la cárcel!

—En un calabozo..... sin poder recibir proteccion de nadie hasta que nos presentemos ante la sala criminal.

Albertina sobrecogida de terror, se dejó caer fria, moribunda, en el suelo.

Distinguíanse siempre, cada vez mas, las pisadas de los caballos que sonaban pausadas y regulares sobre el camino; se oía tambien el roce del hierro..... Los gendarmes venian en bastante fuerza. Seis contra tres hombres mal armados... Si el menor soplo anunciaba la presencia de los bandidos, eran presos. Albertina se veía ya amarrada con ellos á la cadena, con ellos en un infame calabozo, y compareciendo despues ante un tribunal y un público ansioso de escándalo, y muriendo con aquel horrible suplicio de degradacion y de vergüenza.

Sufrió, pues, mas en un momento, que habia sufrido desde el principio de aquella horrible noche.

(Se continuará)

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

COLISEO.—Este gigante de los anfiteatros romanos, fué edificado por Tito; empleó doce mil judíos, cuya patria habia conquistado y arruinado; aquella colosal construccion se terminó en dos años y nueve meses, y permanece todavía en pie, aunque arruinada por algunos lados, pero sin embargo, todavía deja conocer lo que era aquel magnífico circo. El edificio, cuyo plan es oval, tenia ciento cincuenta y seis pies de elevacion. En aquel inmenso anfiteatro se reunian cómodamente cien mil espectadores sentados; su recinto exterior se componia de cuatro filas de arcos, los unos sobre los otros, adornados de columnas y de pilares. En este circo se celebraban los suntuosos juegos romanos; en este circo se presentaron á luchar por espacio de tres siglos los cristianos, á quienes la barbarie de los gentiles esponia á las fieras y hacia servir de diversion á un insolente y bárbaro populacho.

ACUEDUCTO DE SEGOVIA.—Cuando un fontanero romano se hallaba encargado de dirigir un manantial á una ciudad, y encontraba en el tránsito un valle, echaba un puente encima. Un gran número de construcciones de este género se ven todavía en los paises que fueron en otro tiempo provincias del imperio romano. El acueducto de Segovia, en nuestra España, es uno de los mas notables: se compone de dos filas de arcos, puestos los unos sobre los otros: este monumento, construido de piedras talladas, colocadas unas sobre otras, sin cimientos ni argamasa alguna, es elegante, sencillo, sólido, y pasa con desden por encima de las casas de la moderna ciudad. Su construccion es tan extraordinaria, que en el tiempo de la edad media, en que todo se atribuía á un poder extraordinario y sobrenatural, las gentes de la comarca le daban el nombre de *Puente del Diablo*.

LA IGLESIA DE LA MAGDALENA EN PARIS.—El Congreso de los diputados de Madrid tiene alguna semejanza, aunque muy inferior, con aquel edificio.

LA CARTUJA DE DIJON.

La célebre cartuja de Dijon fué fundada, en 1383, por el duque de Borgoña, Felipe el Atrevido, primer duque de la tercera raza, y segundo de su nombre. El sitio elegido para esta fundacion, situada á un kilómetro de la ciudad, se llamaba *Champ-Mol*. Felipe el Atrevido quiso hacer de este monasterio un establecimiento modelo; instaló en él

veinte y cuatro religiosos, y empleó allí sumas enormes. Nada economizó, á fin de dar á las construcciones una amplitud y un carácter dignos de la capital de sus estados. Especialmente la iglesia fué objeto de su munificencia, y lo que queda hoy de ella atestigua la riqueza de su ornamentacion. La designó como lugar de su sepultura y de la de sus descendientes. En efecto, fué inhumado en ella, amortajado con el hábito de cartujo, así como sus sucesores. Mas su mausoleo y el de su hijo Juan sin Miedo fueron los únicos que se elevaron en el panteon de los príncipes de aquella raza. Estos dos mausoleos, hechos de alabastro,



La cartuja de Dijon.

destruidos en tiempo de la revolucion, han sido restaurados y trasladados al museo de Dijon, donde causan la admiracion de anticuarios y artistas.

En la actualidad, la cartuja, construida por Felipe el Atrevido, no es ya mas que un recuerdo. La filantropía ha dedicado mejor ó peor, á un hospital de dementes, aquellas ruinas. Su magnífica iglesia ha desaparecido casi completamente; no queda de ella mas que una torrecilla aislada, como de unos veinte metros de altura, y la portada donde se ven un gran número de estatuas esculpidas por Claux Sluter, de nacion holandés, y *magier* del duque Felipe. Son notables especialmente entre esas figuras, las del príncipe

fundador y de la duquesa, su muger, Margarita de Flandes, ambos arrodillados á los pies de la Virgen. El patio del claustro está hoy convertido en huerta. No obstante, se ha respetado en él el monumento conocido bajo el nombre de *Pozo de Moisés* que ocupa su centro.

El terreno en que estaba edificada la iglesia, es en la actualidad un risueño vergel. Véase allí aun una escavacion bajo la nave, que denota el sitio donde estaban los sepulcros de Felipe el Atrevido y de Juan sin Miedo.

Drouet de Dampmartin fué el arquitecto de la cartuja de Dijon.

MATIAS DEL RIO.